



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 141 – FEBRERO, 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Vivir no es solo penar

ANTONIO SALAS

Nuestra misión en la serranía tamahunera es muy proclive a las penas y a los quebrantos. Sin embargo, aunque escasos, tampoco faltan en ella momentos de alborozo y algazara. Y es en enero cuando más suelen aflorar. Durante ese mes, cuya cuesta todos acusamos, confluyen allí dos eventos que erigen a la religión católica en fuente de júbilo: la solemnidad del “Señor de Esquipulas” (15 de enero) y la “Conversión de san Pablo” (25 de enero), fiesta patronal de Tamahú. Ambos acontecimientos, además de romper la monotonía, recuerdan que allí vivir no es solo penar. Dado que casi todos los meses me veo precisado a consignar desdichas, quiero compartir en este cómo disfrutaban también aquellas gentes, al son de marimbas y panderetas, las delicias de una fe vestida de gala.

El “Señor de Esquipulas”

En ningún país de tradición cristiana suele faltar un santuario donde se honre a quien se supone velar por el buen hacer de sus habitantes. Pues bien, en tierras guatemaltecas, tal cometido incumbe al Cristo negro de Esquipulas, cuyo señorío atrae a miles de peregrinos que – en el curso del año- acuden a su basílica para implorar su protección. Los orígenes de su culto, fruto quizás del sincretismo, se remontan a finales del siglo XVI, cuando su bella escultura fue entronizada en el templo ante las entusiásticas aclamaciones de su feligresía. A entender de la tradición popular, la talla habría sido esculpida en una madera oscura que, con el paso del tiempo, acabó adquiriendo su actual color negro. Pero, a juicio de los expertos, ello se debe más bien al humo de las velas que jamás cesan de arder ante la imagen del Cristo. En todo caso, es el santuario más visitado del país. Y a él suele acudir también cada año nuestro representante con algunos pacientes para agradecer al “Señor de Esquipulas” los favores recibidos, mientras le imploran su tutelaje para encarar el futuro.



Solemne procesión con el “Señor de Esquipulas”

Ya de antemano había decidido Raúl llevar -en calidad de peregrino- al pequeño Anderson, cuya distrofia muscular cada vez dificulta más sus movimientos. Aunque no esté parálítico, se ha considerado conveniente proporcionarle una silla de ruedas, con la que el patojo se desenvuelve muy bien. Desde hace años, se le vienen

prodigando atenciones, sabiendo que su futuro -a juicio de los médicos- no es del todo halagüeño. Cuando se le propuso peregrinar a Esquipulas, su mamá, además de ofrecerse a acompañarlo, no pudo disimular su agradecimiento. Y tampoco lo ocultaron Giovani y sus padres (Ángel y Dominga), por más que estos declinaran la invitación, dado que su precaria salud les desaconsejaba realizar un viaje tan largo. Más aún, sabiendo que Raúl quería agasajarlos también con una visita a Puerto Barrios, para ofrecerles allí un paseo en lancha que, tras recorrer el sigiloso cauce del río, los adentrara, aunque fuera por un momento, en la inmensidad del océano.



Nuestros peregrinos ante el santuario

Antes que rayara el alba, la comitiva estaba saliendo de Tamahú para, unas cinco horas más tarde, darse un respiro en Río Dulce. Después de agasajarse con un apetitoso almuerzo, se embelesaron ante su exótico paisaje en cuyos manglares hallan cobijo los manatíes y los cocodrilos. Desde allí se encaminaron hacia Esquipulas, llegando antes de ponerse el sol. No les resultó fácil encontrar hospedaje, pues, aun siendo lunes, era día feriado, ya que en la víspera había tomado posesión Bernardo Arévalo, el nuevo presidente guatemalteco. El poblado estaba, pues, saturado de romeros, turistas y peregrinos. Al fin consiguieron dormir en una modesta pensión, previo refocilo con una cena que, sin ser pantagruélica, les resultó reconfortante.

Fue solo a la mañana siguiente cuando se adentraron en el santuario para rezar frente al Cristo de los milagros, antes que se iniciara su tradicional procesión. Si todo guatemalteco alberga la ilusión de rendir pleitesía al “Señor de Esquipulas”, es fácil imaginar el gozo de nuestros peregrinos al saberse en tan privilegiado escenario. ¿Cuándo hubieran imaginado

tener ante sí la efigie más venerada de su país? Tan singular privilegio solo podía pagarse con gratitud. Pues bien, al verla reflejada en cuantos romeros homenajeban al Cristo, nuestros pacientes -convertidos en jubilosos peregrinos- vieron claro que también para ellos vivir no es solo penar.

Abandonaron el santuario, transidos de gozo. Y, tras llenar de combustible sus estómagos con un succulento desayuno, se encaminaron hacia el microbús para iniciar el regreso. Fue en ese preciso momento cuando el Cristo movió los hilos para que un grupo de indígenas se cruzaran en su camino. Iban en fila india, cariacontecidos y derrotados, con inequívocas ansias de que alguien les echara una mano. Tal fue lo que hicieron nuestros amigos quienes, en un par de minutos, conocerían la triste historia de aquella malhadada familia. Sus nueve integrantes habían ido a Honduras con ánimo de trabajar en la pisca del café, pero parece que sus planes se truncaron, viéndose obligados a regresar de vacío. Y, al carecer de dinero para costearse el pasaje, tuvieron que emprender su retorno a pie.

Así llegaron a Esquipulas donde, tras pedirle ayuda al Cristo milagroso, reanudaron su forzada andadura hacia su aldea, que casualmente no quedaba lejana de Tamahú. Al disponer en nuestro vehículo de varias plazas libres, se les invitó a subir, no sin antes ofrecerles comida, pues estaban famélicos y casi exhaustos. Raúl de inmediato vio claro que era el propio “Señor de Esquipulas” quien -a través de esos infortunados campesinos- los invitaba a culminar su peregrinación con un acto de amor fraterno. Y ellos ¿podían acaso desairar al Cristo? Así pues, las cinco horas de viaje casi se volatizaron escuchando las andanzas y desventuras de aquellos nueve aldeanos tan lacrados por la desdicha.

Llegados a Tamahú a media tarde, Raúl los agasajó con un



Acogiendo y ayudando a la familia en apuros

bocadillo, a la par que les ofrecía el dinero necesario para pagarse el transporte hasta su aldea. La familia regresó dando sin duda gracias a Dios por la ayuda recibida. Y a nuestros amigos casi los desbordaba el júbilo porque el “Señor de Esquipulas” les había impulsado a culminar su peregrinaje con una obra de caridad. Todos, pues, felices y contentos. Obviamente, cada cual a su manera.

La fiesta del santo patrono

Cuando los religiosos dominicos pusieron la primera piedra de lo que hoy es el poblado de Tamahú (7 de diciembre 1574), se aprestaron a apuntalar el protagonismo de la religión católica. La nueva comunidad quedaría bajo el patronazgo de san Pablo, cuya conversión (25 de enero) ha sido desde entonces el referente obligado para cuantos mantienen en ella la fe proclamada por los misioneros españoles. Estos, a su vez, apoyándose en el sistema de las cofradías, asumieron de buen grado los valores religiosos del mundo maya. Tal sincretismo, aceptado por los mestizos y también por los indígenas, ayudó a gestar una visión religiosa acorde con la cultura mesoamericana, siempre abierta a los ritos y al folclore. Ello explica a su vez que, desde un principio, en el municipio de Tamahú hayan tenido gran relevancia las celebraciones de raigambre religiosa: posadas navideñas, viacrucis cuaresmales, ceremonias de la siembra (chapokpim) y del fuego (mayijinik), etc. Pero ninguna como la vinculada con la conversión de san Pablo que ellos -empedernidos amantes del simbolismo- entienden como un reto a una revisión interna que intensifique su compromiso con Dios.

Aunque los festejos patronales graviten en torno a la parroquia, son muchas las personas que se involucran en sus preparativos. Mención aparte merecen, al respecto, los mayordomos siempre prontos a evitar que los eventos pierdan su nexos con las ancestrales tradiciones de su pueblo. Estas se adentran con frecuencia en los entresijos de los antiguos mayas, cuya presencia sigue patente aún hoy en los indígenas del municipio. Ya una semana antes, Tamahú aparca su monotonía para alardear de una jovialidad infrecuente en aquellos pagos. Quien se adentra en el poblado, se topa casi por doquier con competiciones deportivas, bailes regionales y actividades de cuño sociocultural. Todo ello, aunque parezca fruto de la improvisación, ha sido minuciosamente ensayado. Y es que las fiestas patronales a nadie dejan indiferente. En esos días se ve, con una complacencia no exenta de ternura, cómo muchos abuelitos que casi nunca abandonan sus caseríos serranos, olvidándose de sus penurias, bajan al poblado para saborear su encanto y disfrutar de su bonhomía. Y es que Tamahú, cuando se engalana, lanza un conjuro al penar.

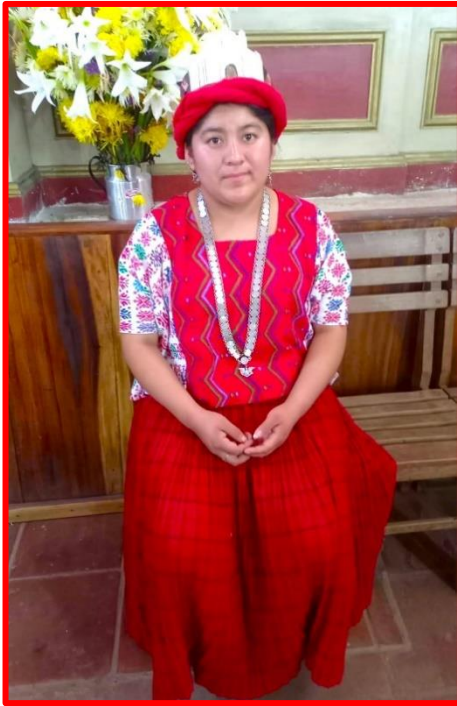
Por más que cada año se introduzcan eventos nuevos, jamás falta el tradicional baile del venado, en torno al cual se da cita casi todo el pueblo. Participa en él un grupo mínimo de diez personas, que se visten con trajes de colores muy vistosos, adornándose con espejos, cascabeles y plumaje, mientras cubren sus rostros con ostentosas máscaras. Destaca quien, con un muy singular atuendo, representa al venado con su cornamenta. Todos comienzan a danzar en corro, al compás de una marimba que interpreta el “Son del Venado”. Se baila en torno al ciervo que, ante el acoso de los danzantes, trata



Tamahú se ha vestido de fiesta



Tras el baile del venado, con el P. Denis López



Amarilis, "reina" indígena de Tamahú

de romper su círculo. Tras un par de horas de fallidos intentos, se lanza por fin un lazo al cuello del presunto animal que es arrastrado sin contemplaciones, celebrándose con delirio su captura. Como colofón, se sacrifica un venado de carne y hueso cuyos despojos se convierten en el convite de los asistentes. Tal danza sirve de precuela a la solemne procesión, en la que los cofrades portan la imagen del santo patrono, mientras el párroco -presidiéndola- agasaja a los asistentes con sus sonrisas y bendiciones.

Este año los festejos se han revestido de mayor boato. Si bien en 2023 ya se había notado cierto resurgir, ha sido en este enero cuando el pueblo se ha lanzado ya sin trabas a la calle. No debe olvidarse que, durante tres años, bajo el íncubo de la pandemia, las fiestas patronales habían quedado reducidas a su mínima expresión. Los tamahuneros estaban, pues, ávidos de romper módulos y protocolos. Y así lo han hecho con incontenible fervor. Incentivados por el celo de sus mayordomos, han recorrido el poblado con algunas calendas, honrando a sus santos más venerados. Y, como no podía ser menos, la figura de san Pablo ha marcado un hito en tan vívida expresión de religiosidad popular. Las procesiones, siendo en Tamahú de largo recorrido, se adentran incluso en la carretera para que los aldeanos de la periferia puedan hacer suyo el gozo de enaltecer a su patrono.

Cabe añadir que todos los años se procede a elegir a la "reina" indígena. Suele ser una muchacha agraciada que se viste con el atuendo típico del municipio. Su huipil rojo y blanco, con un sinfín de figuritas, se convertirá en el referente obligado de las actividades donde prime el costumbrismo. Y es que Tamahú siempre ha sido muy amante de sus tradiciones donde la fe católica se vierte en los módulos socioculturales del indigenismo maya. En esta ocasión ha sido Amarilis Cabnal, de la aldea de Cabilhá, quien ha hollado, no sin cierto orgullo, el umbral de esa "realeza" que sus paisanos le han querido conferir. Es una tradición entrañable, cifrada en conservar el costumbrismo, encarnado en una joven aldeana, referente visible de cuantos indígenas acostumbran a vivir aislados en sus caseríos. Con motivo de los festejos patronales, se personan en el núcleo urbano donde -en torno a su "reina"- el culto católico se fusiona (¡milagro del sincretismo!) con sus raíces mayas. Y, liberados de todo recelo o prejuicio, comparten el protagonismo de cuantos -con música, cohetes y pirotecnias- infunden a Tamahú un encomiable espíritu lúdico. Su desinhibido júbilo testifica por unos días que, a pesar de su desamparo, para ellos vivir no es solo penar. También se celebró la presencia de la belleza "Monja Blanca" (Alta Verapaz) y de la princesa "Tezulutlán". Ambas, con su lozanía y donaire, dieron aún más lustre a los eventos.

Aunque durante la semana el pueblo entero vibre al ritmo de los bailes tradicionales, las fiestas alcanzan su clímax en la solemne celebración eucarística. Intramuros de la iglesia parroquial, repleta de creyentes que plasman en cánticos sus creencias, se honra y enaltece a la figura de san Pablo, cuyo patronazgo lleva siglos tutelando a quienes viven en Tamahú. La banda musical desde dentro y los cohetes desde fuera caldean la ceremonia con los efluvios de una fe hecha vida.

Como de costumbre, la misa estuvo presidida por el párroco (P. Denis López) que este año contó también con la presencia del P. Victoriano Pajarito, incardinado en una parroquia de Cobán. Terminada la celebración, se procedió -dentro del propio



El párroco con las "princesas" mayas

templo- a reconocer con un diploma la labor de quienes han regulado la actividad pastoral en los tres sectores lingüísticos del municipio: Rubén Xol (área poqomchí), José Ixim (área qe'qchí) y Gladys Cojoc (área española). La función litúrgica finalizaría con un cordial saludo del párroco a sus feligreses, agradeciéndoles no solo su presencia, sino también su enfervorizado entusiasmo durante los festejos, cuyo gran protagonista fue y seguirá siendo su santo patrono, Pablo de Tarso.

¡Cuánto gratifica ver que los indígenas de nuestra misión también saben gozar!

Ayuda humanitaria – Enero, 2024

Raúl Leal

Aunque se me tilde de cargante, no puedo por menos de repetir que todos los meses, cuando se acerca el reparto de los alimentos, se me acaba encogiendo el alma. Si bien por una parte me alegra que bastantes familias regresen reconfortadas, sufro por otra al constatar que cada vez son más las que no reciben atención. Al repartir las despensas no acostumbra a surgir ningún problema. Todos se muestran dóciles y prontos a seguir mis indicaciones. Obviamente tenemos que estrechar los controles, pues nunca faltan quienes intentan burlarlos con tal de conseguir una bolsa de víveres. Jamás me enojo por ello, pues sé muy bien que el hambre suele generar desespero. Sin embargo, al estar contadas las despensas, no considero justo que algunos -expertos en picaresca- priven a otros de unos víveres que de antemano les había prometido Fratisa. ¡Es la lucha de siempre...!

Dado que todos los meses el protocolo es idéntico, renuncio a seguir consignando más de lo mismo, pues sé que las rutinas acaban resultando tediosas. Prefiero, a cambio, compartir con nuestros lectores algunos aspectos o situaciones con cierto sesgo novedoso. No sin antes aludir de nuevo a las despensas, ya que en ellas se oculta la raíz de mis zozobras. Todos sabemos, en efecto, que contienen meros alimentos básicos. Pero quizás alguien ignore que, en nuestro país, los precios suben de forma escandalosa. Y ello por fuerza ha de incidir en el contenido. Las cestas, aun manteniendo el mismo precio, (20 €), cada vez son más livianas. Así se lo expuesto a la misionera Fátima, quien me ha autorizado añadir otra bolsa extra de frijoles que, para nuestros beneficiarios, es como una válvula de oxígeno. ¡Vaya que si lo notan!



El momento siempre grato de recibir la despensa



Siempre cautiva la cándida ilusión de la infancia

Casi me causa agobio ver que no cesan de aumentar quienes acuden a mí para solicitarme víveres. Lo entiendo muy bien porque su desnutrición va en aumento. Se da, por otra parte, una curiosa anomalía: al principio nosotros teníamos que ir a buscarlos; ahora en cambio son ellos quienes nos buscan a nosotros. Y además... ¡en tropel! La razón es muy sencilla. Se sabe, en efecto, que los indígenas de nuestra serranía sazonan su endógena desconfianza con una sobredosis de decepción. ¿Motivo? Al aproximarse cualquier elección gubernamental, acostumbran a personarse en las aldeas algunas asociaciones que, adiestradas por los

políticastros, prometen el oro y el moro con tal de conseguir votos. Llegan precedidas por un pequeño camión repleto de comida y otros enseres. Y, convirtiéndose en improvisados samaritanos, lo reparten prodigando las más cordiales sonrisas. Los aldeanos se ilusionan, al garantizarles repartos periódicos. Sin embargo, lo cierto es que jamás vuelen a dejarse ver.

Al principio, muchos aldeanos desconfiaban de Fratisa, temerosos de que fuera otra asociación más, movida por intereses turbios. Tuvo que pasar un tiempo para que comenzaran a atemperarse sus prejuicios. Al constatar que nosotros, mes tras mes les seguíamos ayudando, acabaron rindiéndose ante la evidencia. Y, desde entonces, no deja de aumentar el flujo de quienes, viendo que no engañamos a nadie, solicitan con ahínco ser inscritos en nuestro listado. He compartido esta realidad con Fátima y ella me ha garantizado que se hará todo lo posible por incrementar el número de cestas. A la primera de cambio, he podido comprobar que no son solo palabras. De hecho, las 70 repartidas durante 2023, se han convertido ya en 85 a partir del presente enero. Y, según me ha garantizado ella, es posible que aumenten bastante más. Estoy seguro de que así será, pues Fratisa jamás defrauda.

Lleva ya años institucionalizado que cada primer sábado de mes repartamos los alimentos. Y así lo venimos consignando en los Boletines. Queda, no obstante, por reseñar que, si bien de manera esporádica, también ofrecemos otras ayudas alimentarias. Eso lo sabe muy bien Leonardo Quib con quien, tras años de trato cercano, me une una entrañable amistad. Su situación personal, aunque rayana en lo anecdótico, me parece digna de referir.

Durante bastante tiempo él y su esposa vivieron en un misero cuchitril, de cañizo y hojalata, donde hace un par de años los visitaron Fátima y el P. Antonio. Aunque paralizado y enfermo, Leonardo allí se sentía feliz. Sin embargo, no siendo suyo el terreno, su dueño -aduciendo no sé qué pretextos- los obligó a abandonarlo. Al quedarse sin cobijo, su hijo (Entenado) les brindó su apoyo, ofreciéndoles vivir en otro terrenito, heredado por él del abuelo de su esposa. Y, sin más preámbulos, levantaron allí un chamizo de carácter provisional. Todo parecía, pues, resuelto. Pero no era así. De hecho, el supuesto legado del abuelo era solo verbal. No podía acreditarse con ningún documento. Sin duda por ello, hace poco más de un mes, mientras Entenado y su familia estaban laborando en Honduras, los suegros se presentaron en el hogar de Leonardo, exigiéndole con acrimonia -para efectuar quién sabe qué pagos- un dinero que él no tenía. Fue tal su disgusto y desazón que hasta se le atoraron en el gznate los tamales con los que pretendía celebrar el nuevo año. ¿Cómo terminó el litigio? De momento, las espadas siguen en alto. Cuando regrese Entenado, se despejará la incógnita. Mientras tanto, a Leonardo solo le resta esperar y sufrir.



Leonardo, en su más que humilde chabola

Tal fue cómo lo encontré, hace un par de semanas, al llevarle un costal de maíz que días antes me había pedido con apremio su esposa. No en vano Fratisa también a ellos los provee de alimentos. Hemos convenido “inter nos” que, cuando se les agoten, me lo hagan saber. Así pues, pidiendo prestado el teléfono a un vecino, acostumbran a llamarme más o menos cada mes. Hasta la fecha, nunca les he fallado, aunque en ocasiones no me resulte fácil complacerlos. Y no tanto por el costal de maíz cuanto por su acarreo. De hecho, a mediados de enero, debido a los aguaceros, el camino resultó intransitable para nuestro microbús. Tuve que sujetarlo con unos pedruscos y recorrer a pie un trecho bastante largo con un saco de 20 kilos a mis espaldas. ¡Cuánto extrañé un todoterreno! Llegué casi baldado. Me consoló, sin embargo, constatar que mi amigo estaba bastante peor que yo: sin comida y también sin humor. Se lo habían quitado los intempestivos improprios del airado abuelo. Tras darme un respiro, vi claro que mi cansancio era una nimiedad, comparado con la angustia de mi buen amigo. A través de ella valoré una vez más la encomiable labor de Fratisa, dando de comer al hambriento. Y eso, ¿no es ayuda humanitaria?

Raúl Leal

Siempre se ha dicho que la cuesta de enero no se sube sin esfuerzo. También nosotros lo hemos notado, aunque nuestra dedicación a los enfermos la haya hecho más soportable. Y eso que en ella nos ha tocado afrontar situaciones duras y crudas. Nada, por lo demás, sorprendente ya que la atención a los pacientes acostumbra a deparar trances amargos. Sobre todo, cuando la muerte siega -en plena flor de la vida- a personas ansiosas de labrarse un futuro. En casos así, es aún más triste el adiós.



Tejiendo se aminoran las dolencias

Fiel al esquema que desde hace tiempo regula mis informes, me ceñiré a compartir con nuestros lectores algunos eventos que, solo con el tamiz de una fe esperanzada, logran ahuyentar el desgarro.

El triste adiós a Cristina Esmeralda

Cuando mis ocupaciones me lo permiten, acostumbro a visitar algunas aldeas en busca de enfermos a los que ayudar. Así me ocurrió, hace solo un par de meses, en Chimolón. Al llegar, se me notificó que la joven Cristina Esmeralda Juc Maas (22 años) yacía víctima de una desnutrición muy aguda y de un posible tumor en su zona abdominal. La enferma me recibió con gozo y también con recelo. Vi de inmediato que urgía ingresarla en un hospital. Al sugerírselo, le cambió por completo el semblante, cual si le hubiera mentado al diablo. Su rictus de pánico no se prestaba a equívocos.

Aunque con delicadeza intentara convencerla, todos mis esfuerzos resultaron vanos. Vi además con asombro que también su padre (Enrique Juc Caal) rehusaba con rotundez cualquier intento de ayuda. Su radicalismo no admitía réplica: “Si tiene que morir, que se muera en casa”. Es un axioma que la ignorancia suele convertir en dogma. Resulta, por tanto, estéril todo empeño por disuadirlos. Y más aún si

antes han acudido al brujo. Por otra parte, Enrique, en un supuesto sueño premonitorio, había visto cuándo, cómo y dónde iba a morir su hija. Me despedí consternado no sé si por mi fracaso o por su obcecación. Tal vez por ambos factores.

Hace apenas unos días, mientras descabezaba en mi casa el sopor del mediodía (vivo junto al cementerio), vi pasar un luctuoso cortejo tras un féretro de color azul celeste. Al acercarme algo más, mi vista se topó con varios rostros conocidos. Y todos eran de la aldea de Chimolón. Presa del desconcierto, me dispuse a indagar. No fue preciso, pues alguien me susurró al oído: “La difunta es Cristina”. Entonces, todo me cuadró. Y, de forma fulgurante, me sacudió la zozobra. ¿Podía haber hecho yo algo más -tal era mi pregunta- por ayudar a esa desventurada muchachita? Al menos quise presenciar el sepelio. Mientras sellaban su tumba, oteé el horizonte en busca de sus padres para expresarles mis condolencias. Fue una escena patética.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía a la oficina, de nuevo me crucé con sus progenitores, cuyos rostros demacrados eran la más viva expresión del dolor. Tras darnos un sentido abrazo, Enrique se limitó a decirme: “Ella no quiso ir al hospital”. Esta frase lapidaria



La foto de Cristina presidiendo el sepelio

quiso sonarme a disculpa. No me pasó desapercibido un fardo cuyo contenido no era visible. Pensé que sería ropa de la difunta con la que -junto al sepulcro- harían alguna ceremonia maya. Embriagado de tristeza, pedí a Dios que la acoja en el cielo. Allí ciertamente ya es feliz.

Manuel: el tapagujeros providencial

De vez en cuando la divina providencia mueve los hilos para que algunas personas de sentimientos muy nobles se crucen en mi camino. Tal es, a mi entender, el caso de Manuel Quim Siquic (49 años), de la aldea de Sequib, para quien Fratisa hace muy poco construyó una vivienda. Desde que lo conocí, me pareció una persona digna de encomio. Sin que nadie se lo pidiera, se erigió en portavoz de su comunidad, muchos de cuyos miembros no hablan español. Y me ayudó sobremanera, no solo a comunicarme con ellos, sino también a resolver un sinnúmero de problemas. Quiero consignar el caso más reciente, que -en mi escala personal de valores- lo acredita como el tapagujeros de Dios. Ojalá en otras comunidades pudiera yo disponer de personas con su compromiso.



Manuel Quim y su familia, en la aldea de Sequib

Ocurrió hace pocos días en su aldea, donde una futura mamá (Margarita Guitz) estaba a punto de romper aguas. Ni ella ni su esposo hablan español. Pues bien, ambos se pusieron en manos de Manuel y a fe mía que no los defraudó. De inmediato contactó conmigo, exponiéndome la emergencia. Sin pérdida de tiempo, agendé su traslado al hospital regional, en cuyo paritorio logró dar a luz. Su bebé (Pablo) fue llevado a cuidados intensivos y ella -por problemas ginecológicos- tuvo que ser trasladada con apremio al hospital Roosevelt de la capital (5 horas de viaje). Al no expresarse la pareja en

español, Manuel se erigió en su intérprete y tutor, acompañándolos en todo momento. Ya en la capital, se les notificó que el neonato había salido de la UCI, pero se requería la presencia de su padre para inscribirlo cuanto antes en el registro civil. Dejando sola a la puerpera, el tutor y el esposo regresaron a Cobán (otras 5 horas de viaje), donde recogieron al bebé. De inmediato se toparon con un nuevo problema: la ausencia de la madre le privaba de alimento. Tras recibir mi autorización, se compró un bote grande de leche pediátrica para nutrir al recién nacido.

Al regresar ellos a Tamahú, yo me encontraba en una aldea. Les pedí que me esperaran para darles las instrucciones sobre el uso de la leche en polvo. Sin embargo, la abuela, presa del nerviosismo, se había ido con el bebé a su aldea. De nuevo fue Manuel quien la hizo entrar en razón para que regresara con el niño al poblado, cumplimentando las debidas diligencias. Y así todo se logró arreglar. ¿Qué habríamos hecho sin el apoyo de nuestro tapagujeros? Ciertamente Margarita sigue aún en el hospital capitalino. Pero su vida no corre riesgo ni tampoco la de Pablito. La odisea tuvo un final feliz gracias a la desinteresada entrega de mi buen amigo, Manuel de Sequib.

El trágico final de Edgar Cha Xol

Ya en alguna ocasión he escrito sobre los dos hermanos (Hugo y Edgar), supuestamente aquejados de epilepsia, a los que Fratisa lleva años atendiendo y medicando. Edgar siempre fue el más recatado. Le fui cogiendo cariño hasta el punto de adoptarlo como hijo. Aun sabiéndose muy limitado, hacía pequeños trabajos para ganarse algún dinerito. Tenía



Edgar y Hugo, en compañía de Raúl

un especial encanto, si bien -al relacionarse- parecía siempre ausente. A veces, por descuidar la medicación, era presa de virulentos ataques que, sumiéndolo en un trance de enajenación mental, lo descontrolaban volviéndose peligrosamente agresivo.

¿Eran simples convulsiones o era también demencia? Lo cierto es que sus crisis lo impulsaron a violar una menor en su aldea. Interpuesta la denuncia, fue arrestado por la policía. Sus padres obviamente acudieron a mí. Hice lo humanamente posible por ayudarlo: abogados, jueces, fiscales... Y, si bien al principio aceptaban mis alegatos (epilepsia y bipolaridad), al final el muchacho dio con sus huesos en la cárcel. Y ahí se agigantó su tragedia. Su



Edgar, víctima de su desventura

abogado de turno poco hizo por atenuar su condena y mi hijo adoptivo, con una indefensión total, quedó a merced del ministerio público. Era como un cristiano de la antigua Roma arrojado a los leones.

Fue durante mi peregrinación al “Señor de Esquipulas” cuando supe que lo habían encontrado sin vida en su celda carcelaria de Cobán. Confieso que la noticia me noqueó. Aunque sus padres se comunicaron de inmediato conmigo, nada puede hacer de momento, debido a las distancias. Al regresar, sí que tomé cartas en el asunto. Hablé con las autoridades y con los doctores. Estos, tras un meticuloso análisis, dictaminaron que Egdar había fallecido a causa de una agudísima crisis convulsiva. En realidad, poco me extrañó. De hecho, una semana antes lo habían ingresado en el hospital donde lo visité para infundirle ánimos. Me percaté que apenas le quedaban. Edgar se iba convirtiendo en un espectro.

A decir de los especialistas, no quedó claro si sufría epilepsia o alguna otra enfermedad mental. En todo caso, se fue con Dios. Lo que más lamenté, además de su muerte, fue su absoluta falta de apoyo. ¿Acaso un enfermo mental ha de ser tratado con igual rigor que una persona sana? Por más que reiteré la pregunta a quienes por oficio debían velar por él, nadie me ofreció jamás una complaciente respuesta. Y las excusas carecen de fuerza para

devolver la vida a quien, víctima de su propia insania, no tuvo fuerzas para seguir viviendo.

La justicia de Dios es mucho más certera que la humana. En este mundo pocas veces la encuentran los pobres. El auténtico veredicto se emite en el más allá, donde mi hijo adoptivo sabe al fin lo que es ser feliz.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA - ENERO, 2024

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	18
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	02
Examen de encefalograma donado por el hospital regional	01
Pacientes trasladados a oftalmología	03
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	02
Asistencias durante el mes en Fundabiem	06
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	12
Otros traslados	01
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	01
Leche pediátrica entregada (botes)	08
Pacientes que recibieron medicina con receta	20
Extracción de piezas dentales	17
Pacientes a quienes se realizó examen de laboratorio	01

Pacientes a quienes se realizó electrocardiograma	02
Pacientes a quienes se realizó ultrasonido	03
Pacientes a quienes se realizaron exámenes y tomografías	02
Visitas a familias y enfermos	21
Entrega de granos básicos y otros	02
Entrega de un molino de maíz (manual)	01
Entrega de un andador ortopédico	01
Entrega de un panel solar pequeño	01
Ayuda en velorios (panes y otros)	01

Tañendo la campana

Emilio Álvarez Frías

Desde que desembarcaron los iberos en la Península, desde que los romanos aparecieron por la Hispania, desde las tierras donde nacieron no pocos de los que marcharon a las tierras descubiertas por Cristóbal Colón, a los españoles nos apetece ver mundo y ayudar a las gentes que nos encontramos fuera de nuestras fronteras, conviviendo con ellas de igual a igual. Por eso hoy nos complace acompañar a nuestros hermanos de Tamahú en su peregrinaje al «Señor de Esquipulas», ese Cristo negro que tanto atrae a una importante pléyade de nacidos por las montañas guatemaltecas.



Mas, para acompañarlos desde la «piel de Toro» donde nos encontramos, hemos buscado una versión “negra”, entre la infinidad de representaciones de Cristo que en España existen. Y, ¡cómo no!, la hallamos en la iglesia catedral de Santa María de Cáceres.

Sin perder ni un minuto, hacia allí encaminamos nuestros pasos en los últimos días del año 2023 para hacer, paralelamente al pequeño Anderson, la peregrinación que nos habíamos propuesto realizar con él y su familia, para pedir al Cristo de Esquipulas que cuide la distrofia muscular que le aqueja. Y, una vez curado, pueda -en otra ocasión- emprender por sí mismo la peregrinación que ahora lleva a cabo en silla de ruedas.



Cuando descubrimos el Cristo de Santa María de Cáceres, quedamos pasmados ante la belleza de la figura que teníamos delante, talla realizada allá por los años 1345 a 1360, por las manos primorosas de un escultor desconocido, al parecer siguiendo el color oscuro o negro propio de la Orden del Temple. Al tiempo de sentir el pasmo, caímos de hinojos ante la imagen y nos hermanamos con los peregrinos de Tamahú. Y también con los cacereños que el 3 de mayo de 1490, apenas dos años antes del descubrimiento de América, entronizaron de manera solemne la imagen del Cristo “negro” en su catedral. Era como si ya estuvieran pensando en el destino que iba a llevarlos a cruzar el océano. Incluso, según cuenta la historia, ya en 1477

se había dado el caso de que la reina, Isabel la Católica, tuvo la intención de llevar la imagen a la corte, aunque no lo consiguiera porque el pueblo de Cáceres se opuso a ello. Por aquellas fechas el Cristo “negro” se encontraba en el convento de Santa María de Jesús, pasando de allí la iglesia catedral, donde se encuentra actualmente.

No tardaron en surgir nuestras oraciones ante el Cristo “negro” en la soledad de la catedral. Se centraron especialmente en Anderson y en nuestros otros hermanos guatemaltecos. Pero también oramos por nuestros hermanos españoles y por el mundo entero, ya que en él la fuerza de Cristo parece ejercer cada vez menos hechizo. Sin olvidarnos tampoco de nosotros mismos que -sin duda de manera inconsciente- vamos abasteciendo cada vez más el espacio ocupado por los descreídos y por quienes abandonan los principios fijados por Jesús de Nazaret.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!